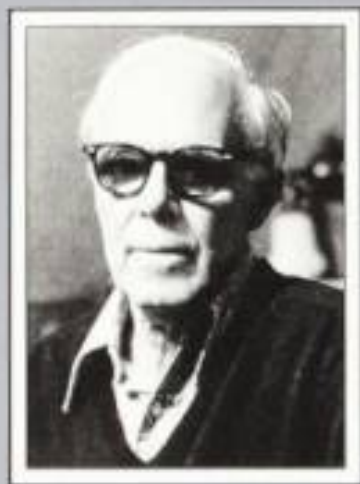


LOS PORQUÉS DE UN ESCRIBA FILÓSOFO

Martin Gardner



METATEMAS 18

LIBROS PARA PENSAR LA CIENCIA

Martin Gardner es tal vez uno de los científicos consagrados que más libros ha escrito sobre ciencia y matemáticas, pero también se embarcó en una novela, *The Flight of Peter Fromm* y en una edición anotada de *Alicia en el país de las maravillas*.

En **Los porqués de un escriba filósofo**, encontraremos en cambio una **admirable confesión personal** en la que él defiende, con habilidad, humor y sabiduría, sus opiniones sobre los sempiternos interrogantes de la filosofía clásica que suscitarán sin duda aquí, como ya lo hizo en otros países, largos y apasionados debates. Contrariamente a muchos pensadores modernos, incluso a los que él más admira, **Gardner** se considera un teísta, al margen de toda tradición religiosa todavía abierta a la posibilidad de la inmortalidad.

Y con él reflexionaremos sobre muchas cosas que se plantea sobre sí mismo. Por ejemplo: sintiéndose él seguidor de Platón, Kant, Peirce, James y Unamuno, por qué no puede decir de sí que es subjetivista, pragmático, paranormalista, relativista, determinista, anarquista, smithiano, marxista, panteísta o ateo. Y, en cambio, si realista, escéptico, fideísta, socialdemócrata y admirador de H. G. Wells y G. K. Chesterton. Sabremos por qué él considera que Miguel Ángel es un artista mucho más importante que Jackson Pollock, que Mozart es un compositor mucho más duradero que John Cage, y Shakespeare, mejor poeta que William Carlos Williams. Y, sobre todo, nos enteraremos de por qué cree que ciencia y vida están enteramente rodeadas por, y entremezcladas al, más amplio e impenetrable misterio.

¿Por qué dedico este libro a Charlotte?
Ella ya lo sabe

Introducción

Este es un libro de ensayos sobre lo que creo y por qué.

MARTIN GARDNER

La filosofía se ocupa de dos clases de temas: las cuestiones resolubles que son triviales, y las importantes que no tienen solución.

STEFAN KANFER en una reseña
sobre un libro de Hannah Arendt,
Time, 19 de Abril de 1982

1. EL MUNDO: Por qué no soy solipsista

No dejéis que mire hacia arriba y vea mi propia persona y forma en el trono del Juicio.

G. K. CHESTERTON

El solipsismo es la creencia insensata de que sólo existe uno mismo. Todas las otras partes del universo, incluida la otra gente, son ficciones insubstanciales de la mente de la persona individual, que es lo único verdaderamente real. Es casi lo mismo que pensar que uno es Dios, y que yo sepa, nunca ha habido un auténtico solipsista que no acabara en una institución mental o que en el pasado no fuera considerado loco. ¿Por qué, pues, perder el tiempo comenzando mi confesión con un capítulo que trata de por qué no soy solipsista?

Una de las razones es que muchos filósofos han sostenido que no hay ninguna manera racional de refutar el solipsismo; que la creencia en que tanto la otra gente como un mundo exterior existen ha de estar basada en una especie de «fe animal», o que quizá no es más que un postulado que uno ha de hacer para no volverse loco, o porque es conveniente. En los últimos años se ha reavivado el interés por unas ideas que, si bien distan de ser solipsistas, están fuertemente teñidas de argumentos solipsistas. Curiosamente, dichas opiniones son expresadas a veces por físicos eminentes interesados en las implicaciones filosóficas de la

mecánica cuántica. En este capítulo trataré de desenmarañar algunos de los enredos lingüísticos de este antiguo debate y adoptaré una actitud clara que es esencial para todas las convicciones que expondré en el resto del libro.

A Bertrand Russell le gustaba recordar una carta que había recibido de una respetable lógica, Mrs. Christine Ladd-Franklin, en la que ella manifestaba ser solipsista. Dicha doctrina le parecía tan irrefutable, añadía, que no podía comprender por qué no lo eran también otros filósofos. En un sentido trivial, el solipsismo es, en efecto, irrefutable. Todos somos prisioneros de lo que se ha dado en llamar nuestro «predicamento egocéntrico». Todo lo que sabemos del mundo se basa en información que recibimos por nuestros sentidos. Este mundo de nuestra experiencia —la totalidad de lo que vemos, oímos, gustamos, sentimos y olemos— es lo que se llama a veces nuestro «mundo fenoménico». Evidentemente, no hay ninguna posibilidad de percibir nada más que aquello que puede ser percibido, ni de experimentar cualquier cosa aparte de aquello que puede ser experimentado. Charles S. Peirce inventó un término útil para este mundo fenoménico. Lo llamó el «fanerón».

¿En qué podemos basarnos para creer que existe algo fuera de nuestro fanerón particular? Admitamos que una vez que no hay forma de demostrar a un solipsista (en el caso improbable de que alguna vez nos encontremos con uno) que existen cosas fuera de su fanerón, entendiendo por «demostrar» lo mismo que se entiende cuando se demuestra un teorema en lógica o en matemáticas. La situación es peor aún. Como han señalado a menudo los filósofos, no hay modo de que un solipsista pueda demostrar, ni tan siquiera a sí mismo, que él existía antes de ayer. Quizás él y todo su mundo fenoménico, incluida la totalidad de su memoria, entraron de repente en la realidad el martes pasado. Ni tampoco puede demostrar que él y su fanerón existirán después del jueves próximo. Así pues, uno ha de conformarse finalmente con lo que se ha dado en llamar

«solipsismo del momento». Uno sólo puede estar seguro de que «existe ahora», el punto de partida de la filosofía de Descartes.

Pero, ¡un momento! Ni tan siquiera esto es seguro. Quizá, queridos lectores, no sois más que una ficción en el sueño de algún dios, igual que Sherlock Holmes fue una ficción de la mente de Sir Arthur Conan Doyle. Hay hindúes que creen que el universo entero, nosotros incluidos, es un sueño de Brahma, y dejará de ser real inmediatamente después de que éste despierte. Alicia, detrás del espejo, pensaba que era ella la que estaba soñando con el Rey Rojo. Pero el Rey Rojo se pasa todo el cuento durmiendo, y alguien le cuenta a Alicia que ella no es más que una «especie de algo» en el sueño del Rey Rojo. Una vez, en una de las clases de filosofía de Morris Cohen, un estudiante levantó la mano para preguntar: ¿Cómo sé que existo? A lo que el profesor Cohen replicó: ¿Quién ha preguntado?^[1.1]

Como todo nuestro conocimiento del mundo y de la otra gente se deriva de la información que se filtra en nuestra conciencia a través de los sentidos, no hay ninguna manera acorazada de refutar el solipsismo. Con «acorazada» quiero decir una manera estrictamente lógica. No hay ninguna manera absoluta de refutar nada que no pertenezca a la lógica pura o a la matemática, y aun ahí la refutación siempre se hace de acuerdo a un sistema formal de axiomas y reglas aceptados por convenio. Aceptad los axiomas y reglas de la geometría euclídea y podréis refutar la afirmación de que la suma de los ángulos interiores de un triángulo es mayor que 180 grados. Pero esto no difiere en mucho de refutar la afirmación de que hay siete huevos en media docena. Sin embargo, a pesar de esa irrefutabilidad en sentido estricto, ningún filósofo sensato ha sido solipsista. ¿Por qué?

Es difícil discutir esto sin abordarlo desde un punto de vista histórico. La razón es sencilla. Cualquier opinión fundamental que pueda uno formarse acerca de cualquier

cuestión metafísica de importancia ya ha sido tan bien expresada y tan expertamente defendida por los grandes pensadores del pasado que es prácticamente imposible decir algo nuevo al respecto o mejorar los argumentos antiguos.

Aristóteles sostenía la opinión razonable de que detrás del fanerón hay un mundo de «materia» con una existencia independiente. Esta opinión ha sido sostenida también por casi todo el mundo desde entonces —filósofos, científicos y gente corriente. No nos preocuparemos ahora de qué es lo que aquí entendemos por materia. Existía antes de que existieran los seres humanos y seguiría existiendo si los seres humanos dejaran de existir. Es este mundo exterior el que es causa del mundo interior de nuestras sensaciones, el mundo que percibimos como nuestro fanerón. Antes de Aristóteles, Platón no sólo abogaba por la existencia de ese mundo exterior (es el que produce las sombras en la famosa alegoría de la caverna), también sostenía la existencia independiente de ideas universales tales como *vaquidad* o el número tres, además de la materia y las mentes humanas. Para Aristóteles, los universales no tienen ninguna realidad aparte del universo material, del mismo modo que la forma de un vaso no puede existir aparte del mismo vaso. En la Edad Media este debate tomó usualmente la forma de nominalismo contra realismo platónico, con distinciones terminológicas complejas y matices de opinión sutiles por los que no nos vamos a interesar. Lo importante es que los escolásticos medievales eran «realistas» al creer, como Platón y Aristóteles, que hay un vasto mundo «fuera», detrás del mundo de las apariencias, que no precisa de nuestra percepción para existir.

El primer gran giro histórico acerca de esta cuestión en la filosofía occidental llegó a principios del siglo XVIII, con los escritos del obispo George Berkeley, un piadoso anglicano irlandés que pasó varios años en Newport, Rhode Island, intentando en vano establecer un colegio cristiano en

Bermuda. Me pregunto cuántos estudiantes de la Universidad de California, en Berkeley, sabrán que la ciudad debe el nombre a este obispo porque, como cuenta Russell en su *History of Western Philosophy*, Berkeley había escrito «*Westward the course of empire takes its way*» [El imperio sigue su camino hacia el oeste]. El último libro del obispo trataba de las propiedades medicinales del agua de brea, una monografía comparable al tratado de Aldous Huxley acerca de cómo curar los defectos de refracción del ojo por medio de movimientos rítmicos de los globos oculares.

Es fácil bromear acerca de la filosofía de Berkeley, pero él supo defenderla con una gran maestría, y he leído muchos libros posteriores sobre idealismo teocéntrico que no hacen gran cosa aparte de repetir los argumentos de Berkeley y, para colmo, ni la mitad de bien. Para comprender esos argumentos es mejor decir antes algo del distinguido predecesor del obispo, John Locke.

Locke, que también era un buen anglicano, no dudó, al igual que los primeros filósofos cristianos, que Dios había creado un mundo natural con una existencia independiente de las mentes humanas. Por lo que respecta a la naturaleza última de la materia, Locke admitió fácilmente (como lo hizo Immanuel Kant) que es trascendente e incognoscible. En cuanto a la parte cognoscible de la materia, Locke dividió sus propiedades en dos clases: las primarias y las secundarias. Las primarias no dependen de las percepciones. Por ejemplo, una roca es sólida tanto si alguien la golpea como si no. Pero el color, que es una propiedad secundaria, depende del complicado proceso de la visión. Por la noche todos los gatos son pardos y, en completa oscuridad, ni eso.

La distinción es aún útil, pero Berkeley vio claramente que hay un sentido más profundo en el que todas las cualidades son secundarias. ¿Cómo saber si una roca es sólida, si no la tocamos o la golpeamos? En efecto, todo lo que podemos saber acerca de un objeto material cualquiera es

aquello que aprendemos de él por medio de nuestros sentidos. ¿Por qué suponer que existe una sustancia misteriosa e incognoscible detrás de nuestro fanerón?

Ahora bien, hay una razón por la que Aristóteles y los escolásticos, así como los científicos y la gente corriente, suponen dicha existencia, y esta razón había sido explicada miles de veces antes de que Berkeley naciera. La razón consiste en que es la hipótesis más sencilla que explica las regularidades peculiares del fanerón. Volveos de espaldas a un árbol y luego volved a mirarlo otra vez. Sigue ahí. Id a dormir, despertaos, y en la habitación encontraréis los mismos muebles que había el día anterior. Es más, nuestras sensaciones concuerdan entre sí. Un cubo no sólo parece un cubo a la vista, sino también al tacto. Podemos ver, tocar, oler y gustar una manzana. Dejadla en la nevera, sacadla una hora después y dadle otro mordisco. La manzana tiene la misma apariencia, el mismo tacto, el mismo olor y el mismo sabor que antes.

Todos nosotros, que por supuesto no somos solipsistas, creemos que la otra gente existe. ¿No es un conjunto sorprendente de coincidencias —sorprendente, entiéndase, para cualquiera que dude del mundo exterior— el hecho de que todos veamos esencialmente el mismo fanerón? Andamos por las mismas calles de las mismas ciudades. Encontramos los mismos edificios en los mismos lugares. Dos personas pueden ver por un telescopio la misma estructura espiral. La hipótesis de que hay un mundo exterior hecho de *algo*, e independiente de las inteligencias humanas, es tan evidentemente útil y está tan fuertemente confirmada por la experiencia a lo largo de todas las edades, que podemos decir sin exagerar que es más firme que cualquier otra hipótesis empírica. Es tan útil este postulado que a cualquiera, a menos que sea un loco o un metafísico profesional, le es imposible comprender que hay alguna razón para dudar de él.

Observad, por favor, que no he dicho nada de la naturaleza esencial del mundo exterior; sólo este *algo* está oculto tras el fa-neón para conservar todas sus complejas regularidades. El propio Berkeley nunca lo puso en duda. Sólo dudó de que este «algo» fuera material, término que para él significaba algo más parecido a los guijarros que a las ideas. Estas dudas están fuertemente respaldadas por la física moderna. Ahora sabemos que la materia no es en absoluto como los guijarros. Es más parecida a la matemática pura. Cada partícula puede ser considerada como una onda de probabilidad en un espacio multidimensional abstracto. No es observable directamente, como un árbol. Todas sus propiedades se infieren de experimentos complicados. En la actualidad nadie sabe qué es un electrón aparte de sus propiedades. Todo lo que Berkeley quería evitar era la idea de que detrás de nuestra percepción de las rocas, los árboles y el agua, hay alguna sustancia material similar a las rocas, los árboles y el agua —formada quizás de multitud de pedacitos sólidos, como mantenían los atomistas griegos— y que esta sustancia existe por sí misma, sin necesidad de que alguien la perciba, ni tan siquiera un dios. Además, no veía razón alguna para que Dios —Berkeley creía por supuesto en el Jehová del Antiguo Testamento, creador del cielo y la tierra— se hubiera complicado las cosas innecesariamente, de modo que primero hubiera creado la materia, capaz de existir por sí misma, y luego la hubiera dotado de la estructura especial que produjera nuestro fanerón.

En el centro de la concepción de Berkeley había una aversión emocional profunda hacia la idea de que algo pueda existir sin una mente que lo perciba. Es una aversión que tiene mucha gente —yo mismo la siento— aunque no todo el mundo. Intentemos entenderla. Imaginemos un universo que no contenga nada en absoluto, excepto un guijarro suspendido en el espacio-tiempo. No existen inteligencias de ninguna clase, ni tan sólo las de los dioses. Sólo hay

una piedra solitaria. ¿No sería inútil, ridículo, carente de sentido (añadid la palabra que queráis que exprese vuestra aversión), suponer que dicha piedrecita existe? En palabras de Berkeley, la materia no percibida es un «algo estúpido y sin sentido». Y si esto vale para una piedrecita que no percibe nadie, ¿no habrá de valer también para las estrellas y planetas no percibidos? Estoy convencido de que esta emoción vaga, aunque poderosa, más que cualquier argumento racional, es el secreto sutil que se esconde tras la filosofía de Berkeley. Actualmente lo encontramos expresado en la opinión del físico John Wheeler, según el cual un universo sin inteligencias que lo perciban es tan «carente de sentido» como si no existiese.

He aquí cómo Miguel de Unamuno expresaba la misma emoción en *Del sentimiento trágico de la vida*:

¿Qué sería un universo sin ninguna consciencia capaz de reflejarlo y conocerlo? ¿Qué sería la razón objetiva sin la voluntad y el sentimiento? Para nosotros equivaldría a nada —mil veces más terrible que nada... No es, por tanto, la necesidad racional, sino la angustia vital, lo que nos empuja a creer en Dios.^[1.2]

La frase más famosa de Berkeley es: «Ser es ser percibido». Aceptado esto, el resto de su sistema se sigue sin solución de continuidad. El obispo sabía, tanto como Samuel Johnson, que las piedras resisten los golpes y, tanto como cualquier materialista, que hay algo fuera, independiente de nosotros mismos. Para Berkeley, ese algo es la mente de Dios. No nos preocupemos por lo que entendía él por mente. Como dice un viejo refrán, el árbol del patio existe a pesar de que nadie lo perciba, porque lo percibe Dios. Aceptad a Dios, y el mundo entero, con todas sus increíbles normas, queda reconstituido instantáneamente. La única diferencia estriba en que, en vez de decir que es la materia lo que está detrás del fanerón, habréis de decir que lo

que está detrás es Dios. Los escolásticos y Locke habían sostenido que Dios creó primero la materia (o quizá dio forma a una informe materia prima preexistente), y luego la usó para hacer el universo que habitamos y percibimos. Pero, ¿por qué complicarse la vida de este modo? ¿No es más simple, decía Berkeley, apoyar el fanerón directamente en Dios? De hecho, Berkeley presentó su filosofía como una nueva manera de probar la existencia de Dios.

Para Berkeley, todos los objetos, normas y leyes del universo son ideas atemporales en la mente de Dios. No hace ninguna falta interponer la materia (entendida como «sustancia no pensante» con una existencia absoluta independiente de Dios) entre Dios y nuestras mentes. Berkeley estaba convencido de que esta concepción no sólo concuerda con las Sagradas Escrituras mejor que cualquier otra epistemología, sino que además también está más de acuerdo con el sentido común. Pues, ¿no cree la gente corriente que lo que percibe son los objetos reales, y no las propiedades de un cierto substrato misterioso —en términos actuales, la estructura de los sistemas cuánticos— que está detrás de las cosas que ven? Si Berkeley levantara la cabeza diría probablemente que la mecánica cuántica ha reducido la materia a matemática pura, y que las ideas matemáticas abstractas se conciben más fácilmente como pensamientos de Dios que como propiedades del espacio-tiempo vacío —esto es, propiedades de la nada.

Cuando contaba cómo Johnson dijo: «Lo refuto así», dando un puntapié a una gran piedra con tanta fuerza que su pie rebotó, James Boswell comprendió plenamente que Johnson no había refutado a Berkeley en absoluto. Pues, para Berkeley, las piedras son tan duras como en el universo de cualquier ateo que ponga una sustancia no mental detrás del fanerón. El universo de Berkeley está tan «afuera», más allá de lo que a Lord Dunsany le gustaba llamar «los dominios que conocemos», como el universo de Aristóteles, Aquino o Locke. Si examináis los escritos de estos

últimos y, dondequiera que hablen de materia o sustancia, sustituíis esta palabra por «la mente de Dios», habréis convertido sus epistemologías en la de Berkeley.

El truco lingüístico de Berkeley de prescindir de la materia cambiándole el nombre, tuvo una influencia enorme sobre Kant y Hegel, y sobre todos los idealistas post-hegelianos de Alemania y otras partes. En mi opinión no hay otra defensa más refinada del idealismo objetivo teocéntrico que la lección 11 de *Spirit of Modern Philosophy*, de Josiah Royce. Es casi Berkeley puro. Como éste, Royce encuentra absurdo imaginar un substrato de materia capaz de existir sin ser percibido. Es tan absurdo, escribe, como hablar de círculos cuadrados, como dos colinas, una junto a otra, sin ningún valle entre ellas, o como la raíz cuadrada entera de 65. Luego, en un pasaje de una confusión atípica, añade que la sustancia sin percepción es un absurdo del mismo tipo que «Snarks, Boojums y Jabberwocks»^[1.a] (Royce no da muestras de darse cuenta de que un Jabberwock no es una contradicción mayor que un unicornio o un avestruz). Berkeley no pasó de considerar repugnante la noción de materia no percibida. Royce, en cambio, intentó probar que era lógicamente inconsistente. Y seguramente no lo consiguió. Sin embargo, el núcleo de su razonamiento es el mismo que el de Berkeley. Las regularidades de nuestro fanerón y la existencia de otras personas, nos obligan a creer en una realidad subyacente a nuestro mundo fenoménico. Como nada puede existir sin ser percibido, nos vemos obligados a postular una mente divina o Yo Absoluto que perciba el universo.

Este no es lugar apropiado para hablar de la multitud de sutilezas que distinguen los diversos lenguajes fabricados por aquellos filósofos que se autodenominan idealistas de los de aquellos que se dicen realistas. En mi opinión, las diferencias entre las distintas escuelas son sobre todo verbales, estando las preferencias terminológicas respaldadas por un gran apasionamiento. La única cosa que quiero que